

## EL 98 Y LOS PUEBLOS HISPANOAMERICANOS

### ESPAÑA Y LOS PUEBLOS HISPANOAMERICANOS

**L**OS últimos acontecimientos de Hispanoamérica, han estimulado nuevamente lo que entre los españoles podemos llamar doble forma de relación política, que, en cierto modo, lo viene señalando el criterio al uso que se manifiesta entre personalidades de la vida cultural de las respectivas repúblicas de habla española. La existencia de estos acontecimientos tiene para España un gran interés que se vierte hacia su historia y su sentido político. Realmente el desarrollo político de los pueblos hispanoamericanos prende en la vida y la cultura españolas. Queramos o no, no es fácil estar ajenos a esta clase de asuntos, aunque sólo fuese de forma semejante a como nos acontece con las cosas de Europa y del mundo. Sin embargo, esta realidad de los pueblos citados, prende más debido a esa razón histórica.

Estando así las cosas, hay que pensar que por muy decidida que se muestre la voluntad política a prescindir de la relación con España, el asunto no queda muy claro, ya que ello representaría algo así como una infidelidad a supuestos esenciales donde se genera limpio el concepto histórico. Pienso que no es necesario para que esta realidad se muestre, formular una grave teoría, ni siquiera señalar un audaz programa. Parece suficiente el legado histórico y la fe prestada a libros donde la verdad y el rigor histórico permite ver una interesante cuestión española que se conecta con los pueblos hispanoamericanos.



Por el lado de la obra literaria, y por ese otro más trascendente del pensamiento filosófico, puede mirarse esta relación en escritores que han pretendido dar sentido a esta realidad, de forma semejante a como otros se las entendieron con problemas artísticos. En la literatura, como en la pintura o en la música, queda siempre un amplio margen de creación que se separa, por supuesto, de la dogmática política de los partidos.

La obra literaria es una buena fuente histórica, y un admirable instrumento de interpretación del pasado. En el reportaje que la creación literaria deja puede mirarse el hecho histórico prescindiendo de las tensiones políticas, y aprende también el lector a desvelar el conflicto o las situaciones extremas. El curso de la historia, por otra parte, nos enseña que, dada nuestra capacidad emotiva, conviene alejarnos de esa línea o cuerda floja que conecta la violencia con el sentimentalismo. En otro sentido, por cuanto afecta al conocimiento filosófico, las cosas adquieren claridad, y la necesidad de ver en lo que es, como decía Stendhal, exige discreción y atención a los hechos. En España hace ya bastantes años que la investigación histórica cobró su signo de disciplina científica, y en general, la obra literaria que inaugura el siglo XX, ha contribuido a esa disciplina.

Mirando, pues, la historia a través de la obra literaria, hemos comprendido en parte los grandes acontecimientos hispanoamericanos. En el verso de Rubén, ha quedado la imagen racial y europea de su visión poética, y en la literatura ensayística de los escritores americanos queda formulada la personalidad y el testimonio de su gente. En España, al comenzar el siglo, una literatura de nervio, crítica y actual inaugura el programa para una nueva meditación. Se destacan los del 98, y su repertorio ideológico estimula el contacto de hoy entre escritores y políticos del otro lado del mar. La obra del 98, ha sido fuente de la moderna dialéctica, y desde la literatura de ensayo, la novela o la poesía ha canalizado el concepto sobre la historia española y ultramarina, habiendo alcanzado en los últimos años su exponente más alto dentro de la vida universitaria.

### VIGENCIA DEL «98»

Esta serenidad e interés que hoy prende en nuestra vida intelectual sobre los pueblos de habla española, se nutre de esa disciplina literaria que nace con los escritores del «98» y de la realidad que se muestra en los me-



jores representantes de las repúblicas. Hoy también, el contacto mutuo es mayor que en años pasados, y la oportunidad del diálogo favorece el conocimiento de la cuestión. Puede decirse que este contacto es la base más útil para una reflexión actual. No obstante, el acertado diagnóstico orteguiano tiene una admirable vigencia que da cuenta de su acierto en tema tan complejo, ya que la variedad cultural de los pueblos americanos no ofrece iguales caracteres y formas de vida, como natural consecuencia de su geografía e historia política.

El hecho de mirar hoy este interesante asunto americano, a través de las ideas del «98», viene justificado por la importancia de los escritores y por la actualidad de esas ideas, en la medida que se siguen leyendo sus libros. Realmente el «98» no ha perdido importancia en la España actual. No se olvida la novela que creó Baroja, ni la poesía de Machado; hasta la fecha no se ha conseguido nada semejante a lo que alcanzó Azorín escribiendo sus primeros libros, ni existe un pensador del tamaño de Ortega. Es decir; estos escritores han formulado unos esquemas estilísticos y técnicos que todavía se mantienen, a pesar de las espléndidas renovaciones conseguidas por los poetas del «27».

En la misma línea, las ideas que incorporan y desarrollan, han corrido parejo camino, y hoy se cuenta con ellas y se las considera, no obstante la diferencia ideológica y su repercusión en la vida nacional. Todavía esta diferencia ideológica se manifiesta actualmente. La literatura noventayochista no ha cesado de ofrecer ocasión al nuevo comentario, y la armonía apenas si se consigue. Detalles, matices sobre esta ideología y su dirección crítica mantienen las diferencias, aunque en líneas generales lo que podríamos llamar comprensión del «98», comenzó a manifestarse después de treinta años de producción literaria, y luego del grave trastorno de la guerra española y del giro político europeo.

Mirando así el «98», en lo que respecta a los pueblos hispanoamericanos, hay que pensar en una línea histórica común, tradicional, generosa e ingenua, cargada de interés crítico, dirección que nace de la naturaleza apasionada de cada uno. Todos son apasionados, y su pasión parece ser que ya no se produce a través de esquemas ideológicos, sino más bien a través de su condición de españoles, quizás por esta razón intuyen y aciertan en el quehacer nacional. Sólo Ortega escapa a esta actitud común, y su mayor capacidad de observación obtenida en contacto directo se ve plénificada en su ensayo *Meditación del pueblo joven*.



Liquidada la política española en América, los escritores atendieron esta cuestión. Más tarde aumenta el interés cuando llega a España Rubén Darío y ya es conocido el ensayo de Ganivet *Idearium español*. Desde estas fechas, hasta hace diez años, aproximadamente, en que de nuevo hemos tenido ocasión de volver al tema, puede señalarse una línea de meditación hispanoamericana que se adentra en los problemas actuales de la llamada política occidental.

## DESDE GANIVET A ORTEGA

Planteado así el tema, se entiende que las ideas más acertadas se hallan en Angel Ganivet y en Ortega, a pesar de la existencia de una obra como *Defensa de la Hispanidad*, de indudable mérito, pero esta obra, es quizás la que responde más a un justificado estado de pasión nacional de perfil político.

Baroja, por su parte, apenas si se ocupa de la cuestión, y cuando lo hace su pensamiento cobra un giro de ataque a los escritores americanos, y a la posición que guarda Unamuno respecto de estos escritores. La razón que da Baroja, se apoya en la intolerancia de Unamuno al juzgar a hombres como Kant, Nietzsche, Schopenhauer; en tanto que alaba a los americanos. La crítica barojiana es idéntica a la que hizo Zola, Bernard Shaw y algún otro escritor con sus países respectivos; así, cuando los españoles residentes en América le dicen que haga la obra de España en el nuevo mundo, escribe en *Las horas solitarias*: «Nosotros, los que vivimos en la península, no debemos intentar mejorar nuestra situación denunciando los males e incitando a hacerlos desaparecer. Si hay miseria, si hay emigración, si hay ignorancia, si hay caciquismo e injusticia, debemos callarlo para que los españoles que viven en América puedan tener crédito y vender el bacalao, las latas de pimientos o el tabaco en sus tiendas con toda felicidad. Lo que a mí me irrita de los hispanoamericanos es lo mal que legitiman su modernidad. No son capaces de crear una Universidad especializada, ni de tener grandes industrias, grandes inventores o grandes ingenieros, ni de lanzar una utopía al mundo; son negociantes en pequeño, y cuando quieren hacer algo espiritual hacen versos o escriben una sociología traducida del francés. Están a la altura de lo peor que hay entre nosotros, del señorito». Estos ensayos, *Las horas solitarias*, los escribe Baroja



el año 1918, en el segundo período de su producción, o período del ensayo, y el mismo perfil crítico se observa cuando se ocupa de las cosas de España y de las ideas de Unamuno. La meditación barojiana sobre Hispanoamérica es sólo un diagnóstico de caracterización general, un juicio más que queda entre la riqueza crítica que articula sus ensayos y novelas.

También los artículos de Unamuno se encuentran dentro de sus temas de preocupación y complicación, y puestos a entender la cuestión hispanoamericana de acuerdo con la realidad de las repúblicas, lo menos interesante es aquello que puede nacer de un criterio de gentileza literaria o política. El asunto es más complejo, y en tanto que la obra literaria como la actitud política no aclara o da sentido a valores esenciales, a la hora de ponerse en contacto con ella se muestra su debilidad, aunque se trate de escritores como Unamuno, Maeztu o Baroja. Por lo mismo, lo que cuenta es el rigor y el acierto, y no es suficiente el entusiasmo o la buena intención. Lo que puede ser noble y a la vez desacertado corre el riesgo de quedar como tal actitud, sin llegar a vencer una realidad que se opone al despliegue natural de su energía.

En este caso la realidad esencial es los pueblos americanos, su gente, y a esta realidad hay que referir todo lo demás. acaso por este lado de la cuestión se hallen las tesis más seguras. Aceptando, pues, esta línea podríamos preguntarnos: ¿Qué es en las repúblicas americanas lo que se llama peculiaridad de las razas, espíritu nacional? La pregunta no es fácil de contestar, y si la formulamos es para añadir a continuación que el criterio de Ortega expuesto el año 1939 en la conferencia que pronunció en la Institución española de Buenos Aires sobre la cuestión indicada, re-descubrió el camino ya señalado en temas semejantes preparando el admirable ensayo *Meditación del pueblo joven*. En la conferencia de Buenos Aires citada, se puede leer: «Después de dos siglos de inmoral petulancia empieza ahora el hombre a re-descubrir que no todo lo humano depende de su albedrío, sino que la realidad humana tiene una inexorable estructura, ni más ni menos que la materia cósmica». La tesis da sentido a lo que habíamos insinuado al principio, a propósito de una voluntad política decidida a separarse de la vida y de los asuntos de España, viniendo, al mismo tiempo, a dar sentido a lo que llamamos preocupación mutua entre españoles y americanos en el orden que fuere.

Por lo que a nuestra parte se refiere, recogemos un hecho de indudable interés que se produce siempre que tenemos ocasión de oír hablar a hispa-



noamericanos. En las inflexiones del lenguaje hay matices fonéticos murcianos, andaluces, norteafricanos, que funcionan en la expresión alterada de los grupos tonales. El habla ofrece una dinámica más lenta que el español, y la oscuridad fonética se mezcla con los giros propios de la tierra. Lo que dicen, es acaso más importante, no porque traten de la firmeza de sus convicciones, sino por el estímulo que despiertan a hacernos observar no lo que dicen, sino las razones que les inducen a pensar de tal modo; y observando, se revela algo que es superior a esas mismas convicciones, a la misma voluntad, como si una inexorable estructura lingüística nos dijese que el lenguaje es algo más que un instrumento de comunicación, de aquí el interés natural señalado por la vida hispanoamericana.

La voluntad política de los partidos es otra cuestión de menor importancia, por lo menos hasta el presente, en tanto que la obra literaria que nace desde esa raíz insobornable y generosa de la creación artística puede tomarse como testimonio de orientación y conocimiento. En la literatura noventayochista la cuestión adquiere un doble sentido que afecta, de una parte, al momento histórico, y de otra, al tránsito estilístico verificado sobre las bases de una actitud crítica. Se trata, pues, de un concepto nuevo de las cosas que germina en el ambiente dramático de la vida nacional. Entre los escritores de este tiempo, el fracaso nacional no es sólo lo que cuenta sino que la pérdida de las colonias les hace meditar sobre la obra de España en América y sobre las causas que precipitaron los acontecimientos.

Anticipándose a la guerra de España contra los Estados Unidos, escribió Angel Ganivet dos ensayos, *Idearium español* y *El porvenir de España*, donde inaugura un método histórico semejante al que desarrollase el hispanista Morel-Fatio a principios de siglo, al estudiar la España del siglo XVI y XVII; es decir, no se contentó Ganivet con las noticias expuestas en las historias generales, sino que revisó el pasado con un criterio abierto a las actividades intelectuales desde una perspectiva exterior y europea. Sin ceder del todo al entusiasmo, e interesado en la tradición romántica de la leyenda árabe, el análisis ganivetiano cobró un perfil desconocido que venía a renovar la crítica de Larra de forma semejante a la crítica de Ciarin. Su independencia de criterio y su agudeza, queda señalada en muchas páginas y en su oposición al criterio unamuniano. Mientras Unamuno aludía al hecho heroico, y comparaba extrañamente el suceso



de Cavite con Villalar, Ganivet se expresaba de este modo en *El porvenir de España*: «Nuestra colonización ha sido casi novelesca. La mayoría de la nación ha ignorado siempre la situación geográfica de sus dominios; le ha ocurrido como a Sancho Panza, que nunca supo dónde estaba la ínsula Barataria, ni por dónde se iba a ella, ni por dónde se venía, lo cual no le impidió dictar preceptos notables que si los hubieran cumplido, hubieran dejado tamañitas a nuestras famosas leyes de Indias, a las que tampoco se dio el debido cumplimiento por lo mismo que eran demasiado buenas. Pero nadie nos quita el gusto de haberlas dado para demostrar al mundo que si no supimos gobernar; no fue por falta de leyes, sino porque nuestros gobernados fueron torpes y desgraciados». Con Ganivet irrumpía una crítica sobre América desconocida, una nueva concepción, si no del todo acertada, sí lo suficiente orientada, abriendo un nuevo perfil sobre la meditación hispanoamericana.

## ARTICULOS DE UNAMUNO

No ocurre lo mismo con Unamuno. Acostumbrado el rector de Salamanca a una independencia de criterio, formulado entre su naturaleza agresiva y su gran condición de lector universal, sus artículos no alcanzan el interés de la obra ganivetiana. Cuando Unamuno escribe *Contra esto y aquello*, había perdido una buena parte de la serenidad de criterio que mostrase en sus cinco ensayos *En torno al casticismo*. Síntoma de esta fama alcanzada como agresivo intelectual, fue el título del ensayo donde se hallan sus ideas sobre Hispanoamérica. El libro *Contra esto y aquello* declaraba la ingenua seguridad del autor en un clima donde era aceptado sin condiciones. Entre sonrisas de homenaje que el público le concedía, *Contra esto y aquello* daba continuidad a una dirección crítica e ideológica que Don Miguel había inaugurado al comenzar el siglo, y que, dado el signo de protesta y comentario, llegaba con oportunidad a muchos lectores que esperaban que las cosas cambiasen fuese como fuese. El tiempo de *Contra esto y aquello* coincide con el período más alterado de Unamuno, y ha sido considerado por César Barja como actitud «que corresponde a una equivalente inversión entre el orden de valores intelectuales y en el



orden de valores emocionales». La voz de Unamuno más emotiva que científica, alteraba lo que años antes había llamado «espíritu castellano», y modificaba una constante histórica nacional que desde el siglo XVIII había recogido la literatura de ensayo, para preocuparse más de las tesis contrarias, que de la realidad de los problemas. En el prólogo de la segunda edición, el mismo Unamuno da cuenta de su situación. Así escribió sus artículos sobre temas americanos, y los breves ensayos no ponen claridad en la compleja cuestión americana; escritos, como solía decir, «a lo que salga», las cuestiones apenas si se diferencian del concepto general al uso, como sucede al escribir sobre Andalucía. Pareja suerte corren artículos como *Educación por la historia*, *De cepa criolla*, *Sobre la argentinidad*, etcétera.

En otro aspecto, la censura que hace al libro *Pueblo enfermo*, del boliviano Alcides Arguedes, en el artículo *La imaginación en Cochabamba*, está visto, como observa Angel Alvarez de Miranda, «a través de un modo intelectual y afectivo; pensaba Unamuno que se puede saber más por los naturales del país a quienes falta el término de comparación. Tanto en lo que alude a la tierra boliviana, como lo que escribe sobre Andalucía, no pasa de ser un comentario, sin rigor. No se puede liquidar la ancestral cultura andaluza con una expresión que refiera el chiste habitual o la gracia de mal gusto, y prever en ello la capacidad imaginativa. Al contrario, creemos que en Cochabamba existen motivos y razones raciales que permitan dar el tipo imaginativo, de la misma forma que en Andalucía existe también algo más que la leyenda superficial, incapaz por supuesto de restar importancia al andaluz dentro de la tipología mediterránea. Las observaciones y juicios de Unamuno sobre Hispanoamérica son aproximadamente de este tono, así lo hizo notar Gabriela Mistral en su epistolario sobre el indio, y así podemos observarlo hoy, después de conocer una bibliografía sobre el tipo boliviano que, en cierto modo, coincide con Alcides Arguedes, tal como puede leerse en uno de los ensayos de *Thunupa, Cochabamba la Turquesa del Valle* del escritor y político Díez de Medina. Respecto de la conquista, como ha escrito Alvarez de Miranda, «más dejó en sus escritos exclamaciones que juicios de valor».



## DEFENSA DE LA HISPANIDAD.

La meditación hispanoamericana de mayor amplitud correspondió a Ramiro de Maeztu. *Defensa de la Hispanidad* es un libro interesante, cuajado de problemas que tienden a enriquecer la conciencia nacional, escrito en el período de madurez del autor, cuando Maeztu había abandonado la ideología y los esquemas intelectuales de los primeros años. *Defensa de la Hispanidad* ofrece dos vertientes de carácter histórico-político: una, sobre la historia española, estudiada en un momento grave y complejo de la política nacional; otra, proyectada sobre las tierras y pueblos de la Hispanidad en los mejores tiempos de la monarquía católica. Para llegar a una síntesis del sentido que Maeztu tiene de la Hispanidad, concedió especial atención a la génesis histórica de nuestro país con objeto de aplicar al hecho de la conquista y de la nueva vida americana lo que entiende como auténticos valores nacionales. Con un criterio rival de la tradición francesa moderna, opone Maeztu su concepto de servicio, jerarquía y hermandad. Desde el punto de la historia española, la tesis de Maeztu replanteaba la tradición nacional, mientras se le oponía la realidad americana. No obstante, en su obra queda un rico repertorio ideológico, datos y referencias que declaran el estudio de mayor envergadura de los noventayochistas sobre los pueblos hispanoamericanos.

## VIDA COLONIAL

Por camino diferente, y desde otro enfoque sin quedar separado de la vida de España, Ortega ha estudiado la cuestión sobre una base de objetividad historiográfica. Sin ser el filósofo español un producto típico del 98, puede considerársele como el rapsoda de esta generación literaria. En su obra se recoge la meditación americana, en un período de treinta años. Ortega ha sido el primero que ha visto el problema manejando un método que le ha permitido notar la vida americana de forma semejante a como hizo con el acontecimiento histórico que llamó «aventura colonial» griega en Italia y en las costas de Asia Menor, intuyendo, de este modo, un pueblo, una cultura, tan racial como independiente.



El acierto depende de esta mirada al hecho histórico, usando unos instrumentos intelectuales que desarrolla dentro de la metodología de la historia moderna. En consecuencia, piensa Ortega, entre otras cosas, que el asunto hispanoamericano ofrece dos aspectos de orden esencial: uno, el aspecto colonial; otro, la realidad lingüística. Sobre las bases de estos conceptos ha montado una teoría que llega a clarificarse mirando el hecho americano como miró la génesis de la conciencia individual griega en su ensayo *Ética de los griegos*; es decir, como resultado de una aventura colonial.

Parece ser que el esquema orteguiano no ha sido aplicado al hecho americano antes de él, y dado el interés del autor de *España invertebrada* por esta cuestión, así como su conocimiento directo obtenido en sus viajes a la Argentina y otras repúblicas, al estudiar la génesis histórica de estos pueblos, ha aplicado el concepto aludido que resumimos desde la lectura de *Meditación del pueblo joven*: «Esta vida humana que es la vida colonial tiene un primer carácter que le es peculiar: el de ser sólo etapa, período, momento hacia otra. La «vida oriental», la «vida antigua», la «vida europea», duraron o durarán más o menos milenios, pero aunque no quedase de ellas rastro, serían en sí mismas imperecederas, intransitorias por la sencilla razón de que no son tránsito a otra vida, sino que terminan dentro de sí mismas. La vida colonial, en cambio, lleva dentro de sí la inexorable condición de desembocar en otra forma de vida que es ya estable: la vida autóctona». La tesis representa una primera fase que da entrada a esta otra: «el hombre que vive esta vida colonial comienza por no pertenecer al espacio geográfico en que vive», donde se recoge, también su extraña condición al tiempo, a la época en que ese espacio está, previendo el resultado de una situación del hombre de cultura vieja en tierras históricamente más jóvenes. El análisis representa un punto de esencial prioridad para conocer el alma americana, y para iniciar el despliegue sobre la persona, la personalidad, el carácter y la cultura.

Ortega inaugura un método diferente de los conocidos. Se trata de una meditación genética de la historia americana sobre esta realidad de la existencia colonial, transformada y adaptada en un largo período de cuatrocientos años. La posición orteguiana actualiza su conferencia pronunciada en la «Institución Cultural Española» de Buenos Aires (1939), donde dice: «La forma de comunidad existente entre las naciones Centro y Suramericanas y España es una realidad que subsiste más allá de toda voluntad o



de todo capricho que quiera negarla o destruirla». Después de conocido *Meditación del pueblo joven*, se ve cómo las ideas del año 1939 actualizan la tesis de *Ética de los griegos*, escrito el año 1916; tesis que enlaza con el pensamiento de Montero Díaz en el ensayo *El individualismo político en el pensamiento griego*. La sugestiva realidad de la existencia colonial representa un despliegue ontológico de la historia hispanoamericana y una primera estructura del hombre colonial. Su evidente sentido, nos aleja de otras posiciones actuales, más ligeras y románticas, y nos acerca a otra realidad «colonial», transformada y adaptada como la vida: el lenguaje.

También en el ensayo citado, la comunidad lingüística re-descubre la génesis evolutiva de los giros y formas de expresión, que, de forma más directa, prende en el alma española, haciendo que surja esa otra clase de diálogo, privativo de los españoles, que hace mirarnos y observarnos, más que intentar comprendernos. Esta segunda realidad de la que no se puede escapar, aunque se intente, facilita la evasión de prejuicios históricos, y nos permite contemplar, el admirable espectáculo de nuestro diálogo mutuo. Queramos o no, ahí queda la gran señal de algo tan importante como la lengua, y ahí queda también señalada la razón que imposibilita la ruptura de una constante meditación española sobre los pueblos hispanoamericanos.

Desde el concepto amplio de la vida cultural, superior, como hemos indicado, a la dogmática política de los partidos, el hecho queda para ser mirado sin restricción. Acaso el asunto pueda comenzar a no interesarnos el día que los idiomas aborígenes desvíen el curso natural de la historia lingüística, y a las lenguas americanas le quede reservado un despliegue semejante al que acaeció en la Rumania, y el idioma español se vea en situación parecida a la del latín en la Edad Media. No parece fácil que la potente dinámica de las lenguas aborígenes desaloje al idioma español de esas culturas creándole complejo de lengua muerta, ni por lo que se ve los ciclos históricos del futuro van a ser semejantes a los del pasado. Se tiene la esperanza de que el nuevo humanismo, aun avasallado por la técnica, favorecerá la permanencia de una lengua como la española, que, dígame lo que se quiera, tiene su importancia.

Resumiendo, podríamos señalar que la cuestión de los pueblos americanos en los escritores españoles del 98 muestra dos fases que declaran otras dos direcciones críticas. La primera sería la de Ganivet, donde se observa un amplio horizonte que rebasa las ideas españolas del tiempo, no obstan-



te su despliegue romántico y afectivo. La segunda de Ortèga, original y rigurosa. Entre ambas se incluye a los escritores Unamuno, Baroja y Maeztu, siendo este último el mayor teorizador sobre supuestos clásicos y románticos de la historia nacional.

